

Palabras en el alféizar

de Héctor Montón Julve

A Merche le preocupaba que volviera a ausentarse porque no tenía forma de recibir noticias suyas. Si al menos conociera a alguno de sus hijos, podría llamarles y preguntar qué había pasado, pero las condiciones de su amistad no habían facilitado ese tipo de confianza. De todas formas, el hecho de no haberlo visto en los dos últimos días no tenía por qué significar nada malo, quizá no le había apetecido volver a asomarse o, simplemente, no habían coincidido. Solo que Merche siempre se desvivía por los demás y se ponía en lo peor; "así las desgracias no te pillan por sorpresa", decía, y razón no le faltaba. Además, la persiana bajada podía dar ciertos indicios que alimentaban su preocupación. En una situación diferente, habría sido tan sencillo como abrir la puerta de su casa, bajar las escaleras y cruzar la calle para llamar al timbre de su vecino. Pero con ese dichoso virus rondando cerca, ni se atrevía ni le dejaban hacerlo.

Desde que todo esto empezó, poco entretenimiento tenía más que ver la tele, hacerse la comida y acariciar al gato (cuando no salía disparado hacia algún rincón libre del hostigamiento humano).

Lo cierto es que, a su edad, ese era más o menos el ritual diario. Pero Merche todavía guardaba fuerzas para dar largos paseos por las avenidas de su manzana hasta descansar en cualquier banco donde el sol no le golpeará con dureza. Y si algo echaba verdaderamente de menos era el café de las doce, en el que tenía tiempo de charlar con sus amigas y disfrutar de un poco de compañía. Entendía que las medidas adoptadas para frenar el contagio afectaban a todos, aunque le daba rabia pensar que otros tenían a sus familias cerca mientras ella se veía obligada a pasar sola este mal trago. Lo único que había conseguido animarla fue encontrarse con su vecino en una de esas que salía a regar las plantas del alféizar. Lo hacía entre tres y cinco veces al día a sabiendas de que acabaría ahogándolas, pero eso le servía para asomarse y sentirse menos encerrada.

-Qué extraña se ve la ciudad desde la ventana, ¿no cree?

A Merche le sorprendió escuchar una voz ajena después de tantos días. Ni siquiera había reparado en la presencia de su acompañante hasta que lo oyó; estaba demasiado abstraída en la contemplación de aquel paisaje desierto.

-Disculpe si la he asustado -se adelantó, dándose cuenta de la intromisión. Su aspecto revelaba intenciones sinceras, con el pelo revuelto, la cara mal lavada y el pijama todavía puesto.

-No se preocupe, es que llevo tiempo sin hablar con alguien a menos que sea por teléfono.

-Ya somos dos. Mis chicos deben estar cansados de que los llame cada noche. A veces ni lo cogen, pero yo sé que están en casa. ¿Dónde si no?

-Bueno, los jóvenes, que llevan su vida -respondió ella en un intento de consolarle, pues se conocía bien esa historia-. ¿No es triste que ya ni se escuchen las campanas de la iglesia? Una pierde la noción del tiempo.

-Si le digo la verdad, es de lo poco que agradezco de todo esto -y acto seguido soltó una carcajada, para no ofender las creencias de la anciana.

La conversación continuó de una trivialidad en otra hasta que, sin darse cuenta, el sol acabó por ocultarse. Cuando ya no alcanzaban a distinguirse las caras, se despidieron con pesar, aunque con la esperanza de volverse a ver. Y así fue como, sin haber convenido la hora exacta en que debían de hacerlo, al día siguiente se encontraron, y al otro, y al otro, convirtiéndose en una costumbre que les ayudaba a soportar el tedio del aislamiento. Pero ahora que Merche salía a las plantas del alféizar y veía esta ciudad vacía, como una maqueta inerte y pasiva, acaso animada por el vuelo de algún pájaro inocente, y recordaba las razones de su reclusión, la enfermedad, el contagio, la persiana bajada de su amigo el vecino... Apenas se atrevía a pensar qué le habría obligado a no asomarse más en los dos últimos días.